



Capítulo 8



La Aventura de Mariátegui

Nuevas Perspectivas

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

Cubierta: María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

Derechos Reservados

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

PENSAR Y HACER LA HISTORIA. LA AVENTURA DE MARIATEGUI

Gustavo Gutiérrez

Con acierto los organizadores de este encuentro lo han titulado «La aventura de Mariátegui». Su vida y su obra lo fueron, en efecto, y él tuvo clara conciencia de ello.

Su aventura es, además, de alguna manera la nuestra. Asistimos hoy a grandes cambios en el panorama social, económico, político, cultural, tanto a nivel internacional como nacional. Ellos se manifiestan en el derrumbe del socialismo real, la fuerza ideológica -y, tal vez, la debilidad práctica- de un cierto liberalismo, brotes autoritarios con algún respaldo popular, una nueva etapa de la modernidad. Todo eso hace de nuestros días un tiempo que no es el de Mariátegui, pero entre ambos se presentan analogías que resultan dicentes y fecundas para nosotros.

No es el mismo tiempo porque la historia no se repite. Quien postuló esa pretendida repetición (y aquellos que lo siguen) se hallaba sin duda en uno de esos momentos de ociosidad en los que tendemos a soluciones de facilidad. El ocio es creador, la ociosidad es la negación del ocio, estrictamente hablando un negocio... De hecho, el Perú vive condiciones sociales y económicas (urbanización, acrecentamiento de la pobreza, organización popular, violencia social, conciencia política) que configuran una situación diferente.

Pero sí hay similitudes. Se trata de épocas -y sabemos la importancia que el Amauta atribuía a expresiones como «nuestro tiempo», por ejemplo- en las que unos puntos de referencia desaparecen o se desplazan y surgen otros. El temor a lo diverso y la tentación

de aferrarse a lo ya conocido son grandes, pero lo son también -en sentido opuesto- las exigencias de creatividad y de libertad. Colocarse lúcidamente en ese contexto tiene mucho de aventura, ello da nueva vigencia al testimonio de Mariátegui para nosotros.

Hay otro terreno en el que se han producido igualmente modificaciones substanciales. Permítaseme un recuerdo personal. Cuando hace veinticinco años comencé a dictar en esta misma casa universitaria un curso sobre Mariátegui, muchos de sus artículos no eran alcanzables, sino en las revistas donde fueron publicados originalmente. La bibliografía sobre él era más bien escasa y reiterativa, salvo claro está algunos estudios precursores. Hoy la situación es muy distinta.

Disponemos en primer lugar, gracias al esfuerzo de sus hijos y nietos (y de dedicados colaboradores entre los cuales sólo mencionaré el nombre de un amigo que no está ya entre nosotros, Alberto Tauro del Pino) de la publicación de prácticamente la totalidad de los escritos de Mariátegui. De otro lado, estudiosos de gran valía nos ha brindado trabajos precisos y monográficos sobre aspectos de la obra mariateguiana (también acá me limitaré a los nombres de otros dos amigos, José Aricó y Alberto Flores Galindo, tempranamente desaparecido y que nos es tan cercano).

Todo ello ha contribuido a perfilar mejor la personalidad intelectual de José Carlos. Un ciclo de estudios mariateguianos parece haberse cerrado, ingresamos a una nueva etapa. Simbólicamente la línea divisoria entre esos momentos podría estar constituida por este año, el del centenario. Es naturalmente una manera de hablar, finalmente -si los historiadores me autorizan a expresarme así- las fechas son ante todo simbólicas y de paso exactas... Sea lo que fuere de ello, lo cierto es que estos años han despejado el horizonte y han abierto prometedoras posibilidades para una mejor y más serena comprensión de la obra del Amauta.

Un conocimiento que no parte de tener en la mano una baraja de etiquetas ideológicas y políticas, buscando cual de ellas colocar a Mariátegui. El punto de arranque debe estar más bien en los textos

mismos, en ellos hay que penetrar antes de ponerles un rótulo. De este modo aparecerá con claridad la autonomía intelectual de nuestro autor, el trato agradecido y a la vez crítico que dio a los autores que influyeron en él, la originalidad de su aporte a una época que vivió con intensidad y también a la nuestra. Proceder así, discurrir por caminos no trillados, tiene mucho de la aventura de que hablábamos.

Por otra parte, es una segunda observación, el vocablo aventura apunta literalmente a lo por venir, a la ventura, al futuro esperanzador. Hablar de Mariátegui es hablar del futuro de un pueblo, y de una realidad social. Hacia él se lanza este hombre que gustaba declararse viajero y andariego. Rechaza una sociedad injusta, pero cree firmemente en la posibilidad de cambiarla. «Pesimismo de la realidad y optimismo de la acción», decía, modificando una fórmula que viene de José Vasconcelos¹. De acción transformadora y factible, de eso se trata.

Ella tendrá que transitar no por sendas conocidas, sino abriéndose ruta. Mariátegui cree en la eficacia de la voluntad en la historia. Se ha sostenido incluso que habría un exceso de voluntarismo en su pensamiento. No hay tal, pero sí encontramos en sus textos una recusación del determinismo que somete pasivamente el devenir histórico a leyes prefijadas. No desconoce la presencia de fuerzas sociales objetivas, pero tampoco teme hablar del «carácter voluntarista del socialismo»². Mariátegui incursiona con audacia y creatividad en el análisis del mundo social; lo hace, no obstante, en forma ordenada sin descuidar la complejidad de los problemas que aborda y conservando una visión de conjunto. Esta preocupación metodológica marca también su escritura³.

1 *Temas de nuestra América*, ed. 1960, p. 82. Citaremos según las ediciones populares de las *Obras Completas* de la empresa editora Amauta. Inmediatamente después del título indicaremos el año de la edición que utilizamos.

2 *Defensa del marxismo*, ed. 1959, pp. 55-58.

3 Respondiendo a la pregunta ¿cómo escribe usted?, afirma: «Tengo tendencia al método. Me preocupa mucho el orden en la exposición. Me preocupa más todavía la expresión de las ideas y las cosas en fórmulas concisas y precisas (...). Procuero tener, antes de ponerme a escribir, un itinerario mental de mi trabajo». *La novela y la vida*, ed. 1959, p. 144.

Se impone estudiar a Mariátegui directamente sin pasar por las horcas caudinas de categorías previas y elaboradas en otro contexto. En esta presentación intentaremos un breve acercamiento a su obra desde tres perspectivas: el punto de partida: la realidad peruana, la relación entre conocimiento y realidad y, finalmente, la conexión entre mito y método de la revolución social.

EL PUNTO DE PARTIDA: LA REALIDAD PERUANA

La gran inquietud de José Carlos Mariátegui fue conocer el Perú. Así de simple y de exigente. A ello dedicará lo mejor de sus esfuerzos, en función de ese conocimiento madurará su pensamiento y evolucionará intelectualmente. Para él los conceptos deben permitir una correcta interpretación de la realidad. Buscará, en consecuencia, afinarlos constantemente.

El Perú integral

El sólo hecho de orientar su obra más importante a la inteligencia de la realidad peruana indica la originalidad de su intento. No era esa, en efecto, una expresión frecuente en el ámbito socialista en el que José Carlos se ubicaba. Para una perspectiva que insistía en situaciones y conflictos a nivel internacional, entrelazando clases sociales y pueblos que pertenecen a países separados por fronteras, consideradas formales o impuestas por los grupos privilegiados, lo nacional no era una prioridad. Es más, podía convertirse en algo contrario a los intereses populares.

En esta inquietud, Mariátegui no pierde de vista la escena contemporánea. Los titulares de los primeros libros de un autor son siempre significativos, los dos que el Amauta publicó en vida (*La escena contemporánea* y *Siete ensayos*) nos transmiten su interés por el Perú en el marco de los grandes acontecimientos mundiales⁴.

4 «Tenemos el deber de no ignorar la realidad nacional; pero tenemos también el deber de no ignorar la realidad mundial. El Perú es un fragmento de un mundo que sigue una trayectoria solidaria». *Peruanicemos al Perú*, ed. 1970, p. 27.

Ellos, lejos de alejarlo de la realidad nacional que quiere desentrañar, lo ayudarán en ese intento⁵.

Mariátegui busca abrazar las diferentes dimensiones del país. «No es mi ideal -dice abiertamente- el Perú colonial, ni el Perú incaico sino un Perú integral»⁶. No se facilita la tarea, renuncia sin vacilar a dualismos empobrecedores que han desgastado a tantos estudiosos del quehacer nacional. Es consciente al mismo tiempo que «la actual situación peruana» tiene «el pecado de haber nacido y haberse formado sin el indio y contra el indio»⁷. El enfoque global que adopta lo obligará a entrar en la complejidad de una nación ávida de encontrar su rumbo histórico. Esa es una de las razones por la cual en cada uno de sus *Siete ensayos* (y en otros trabajos) analiza temas peruanos del momento en perspectiva histórica, a fin de tener en cuenta los diversos factores que han concurrido a darles forma⁸.

Por los mismos motivos, en su examen de la realidad peruana, ocupa un lugar tan importante el proceso de la literatura peruana. Se trata incluso del más extenso de los siete ensayos. Como lo demuestra en muchos otros escritos, considera que en la literatura se manifiesta de modo privilegiado el alma de un pueblo. A esta percepción contribuye sin duda la fina sensibilidad estética de nuestro autor, y de la cual nos ha dejado tantas expresiones; pero debemos pensarla sobre todo dentro del propósito de que ningún aspecto, ninguna esquina, de la realidad peruana se le escape.

No persigue con ello una visión totalizadora y dogmática del país. Por el contrario, siempre fue consciente de que las situaciones

5 «Por los caminos de Europa -escribía en una ocasión-, encontré el país de América que yo había dejado y en el que -añade acaso con un exceso de autocrítica- había vivido casi extraño y ausente». *El alma matinal*, ed. 1959, p. 162.

6 *Ideología y Política*, ed. 1969, p. 220.

7 *Peruanicemos el Perú*, ed. cit., p. 61.

8 Con sencillez presentará a su amigo Waldo Frank la que será su obra más importante como «un documento honrado y leal sobre esta parte de América» (carta del 10/XII/28, en *Anuario Mariáteguiano*, vol. I, n.1 (1989), p. 123.

históricas están en permanente movimiento, dinamismo que es necesario saber acompañar aunque desborde las categorías usadas hasta el momento para comprenderlo. Si eso ocurre es imperioso elaborar nuevas maneras de aproximación a una realidad permanentemente cambiante. Así lo hizo el Amauta, forjó categorías que tenían mucho de inédito y renovó nuestro utillaje mental para entender la sociedad peruana.

En esto, José María Arguedas fue un gran continuador de Mariátegui. El mismo ha dejado constancia de su deuda con el Amauta⁹. El suyo fue también un intento de conocer el Perú integral, sin recursos fáciles al «Perú mestizo»; el Perú de «todas las sangres», como él decía con una expresión a la que recurrimos a menudo hoy para calificar la globalidad y el entramado de su realidad social e histórica. Dentro de esa complejidad el mundo indígena tiene un papel fundamental.

Una aproximación dialéctica

El deseo de captar la totalidad de la realidad llevará a que Mariátegui sea atento a los que pueden ser considerados polos opuestos de ella. Primero los trabaja por separado haciendo ver sus alcances, luego los afina y apura hasta el momento en que, habiendo llegado a un extremo, uno exige al otro. En ese enriquecimiento mutuo se establece una relación en la que cada aspecto adquiere su sentido más pleno. Tenemos muchas expresiones de este proceder dialéctico que Mariátegui tenía en gran estima y que le permite hurgar en todos los rincones de la realidad social e histórica.

Es así como estudia, por ejemplo, las nociones de tradición y revolución. Para él la tradición es algo vivo y móvil, en perpetuo enriquecimiento. No hay que confundirla -dice- con el tradicionalismo, actitud fijada al pasado. José Carlos la arranca de este modo

9 Cf. «No soy un aculturado», en *Obras Completas*, Ed. Horizonte, Lima, tomo V, p. 14.

de las manos de aquellos que la enarbolan para oponerse a todo cambio. «La crean -dice- los que la niegan para renovarla y enriquecerla»; es más, «la matan los que la quieren muerta y fija, prolongación del pasado en un presente sin fuerzas»¹⁰.

La revolución por su parte no es comenzar de cero, ella implica tener en cuenta lo hecho y pensado antes. «Los verdaderos revolucionarios -escribe- no proceden nunca como si la historia empezara con ellos»¹¹. La obra de Marx, que no descuida los aportes de la economía burguesa, le parece un buen ejemplo de esto. La realidad histórica no se deja encerrar en una comprensión estrecha de estos términos. Es necesario ir más allá, despojar esos conceptos del lastre que les impide alzar vuelo y procurar una nueva y rica síntesis. «Quien no puede -dice lapidariamente- imaginar el futuro, tampoco puede, por lo general, imaginar el pasado. No existe, pues, un conflicto real entre el revolucionario y la tradición»¹².

De un modo semejante llevará adelante su asedio a la relación entre clasicismo y romanticismo, heterodoxia y ortodoxia, materialismo y espiritualismo, moral y economía, libertad y determinismo, herejía y dogma y otras antinomias. No se piense, sin embargo, que se trata de arribar a una fácil conciliación entre polos opuestos. Lo que hace Mariátegui es entrar fina y perspicazmente en cada aspecto, resaltar sus valores y aportes, descartar interpretaciones estrechas, y renovar las nociones con la que intentamos aprehender la realidad. El producto será la consecuencia de una gran capacidad de análisis y de una inteligencia flexible que deja sin piso enfoques parciales, cuando no sectarios. No estamos ante un acomodo de nociones, sino ante síntesis -que llevan la marca, naturalmente, de su tiempo- que perfilan nuestro conocimiento y nos impulsan a la acción transformadora. El lazo entre conocer y transformar es un rasgo esencial de la obra de José Carlos Mariátegui.

10 *Peruanicemos el Perú*, ed. cit., p. 117.

11 *Idem*.

12 *Ibid.*, p. 119. Ese enfoque le permitirá, por ejemplo, ver -por encima de la agria relación que existió entre estos dos grandes escritores- el carácter complementario de los testimonios y obras de Ricardo Palma y Manuel González Prada.

CONOCIMIENTO Y REALIDAD

La realidad peruana, materia de comprensión y de cambio, es el punto de partida -y de llegada- de la reflexión de Mariátegui. En uno de los artículos que acabamos de citar a propósito de sus atrevidas tesis sobre la noción de tradición, nuestro autor estampa una frase que expresa un aspecto central de su pensamiento. «La facultad de pensar la historia y la facultad de hacerla o crearla, se identifican»¹³. A decir verdad, no se trata sólo de un modo de ver las cosas, la sentencia dice muy bien lo que José Carlos quiso hacer de su itinerario personal.

Episodio por episodio

Para Mariátegui la reflexión debe ser eso una reflexión, un inclinarse hacia atrás para poder seguir de cerca los hechos históricos en curso.

En 1926 publicó su primer libro, *La escena contemporánea*, en cuyo prólogo nos dice cómo concibe su trabajo de interpretación. «Pienso -postula- que no es posible aprehender en una teoría el entero panorama del mundo contemporáneo. Que no es posible, sobre todo, fijar en una teoría su movimiento. Tenemos que explorarlo y conocerlo, episodio por episodio, faceta por faceta. Nuestro juicio y nuestra imaginación se sentirían siempre en retardo respecto de la totalidad del fenómeno»¹⁴. La teoría no se impone a los hechos, estos le dan su contenido. Ello implicará seguir paso a paso el devenir histórico, estar atento a su trayectoria y a sus avatares. Así procedió siempre. Incluso, aunque con una menor visión de conjunto, en sus escritos juveniles, acerca de los cuales Mariátegui tenía un juicio ambivalente. Las breves -y a menudo irónicas- siluetas políticas que ellos dibujan no tienen sin duda la hondura de sus análisis posteriores, pero ellas nos revelan ya a un agudo periodista.

13 *Ibid.*, p. 119.

14 *La escena contemporánea*, ed. 1964, p. 11.

Los hechos y los sujetos históricos fueron su mayor preocupación. Es necesario dirá -en amable crítica a Vasconcelos- mirar siempre el presente¹⁵. No se trata de una mirada pasiva, la realidad social debe ser preguntada por quien desea conocerla y seguirla en sus meandros. Dice por ello que «el mejor método para explicar y traducir nuestro tiempo es tal vez un método un poco periodístico y un poco cinematográfico»¹⁶. Gran aficionado al cine, Mariátegui sabe que éste no se limita a registrar lo que sucede, sino que busca resaltar, con un movimiento de cámaras, uno u otro aspecto de la realidad que ayuda a comprenderla mejor.

Un ensayista

Por esos motivos José Carlos Mariátegui optó por el estilo libre y penetrante del ensayo.

No se trata sólo de sus célebres *Siete ensayos*, ese fue en realidad el género que escogió para todos sus escritos. Sus libros son recopilaciones de artículos, cortos generalmente; perspicaces intentos de comprender la materia abordada, pero que nunca se cierran a nuevas dimensiones. En la «Advertencia» a su obra clásica comparte con nosotros las razones de su opción de escritura: «tal vez hay en cada uno de estos ensayos el esquema, la intención de un libro autónomo. Ninguno de estos ensayos está acabado, no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado»¹⁷. Este es un rasgo central en Mariátegui, su compromiso personal con el camino escogido para interpretar la realidad.

El ensayo es un género libre, acorde con el temperamento de Mariátegui, alguien que se negó siempre a una conducta pautada y previsible¹⁸. En una ocasión al ser preguntado por su afición predi-

15 *Temas de nuestra América*, ed. cit. p. 81.

16 *La escena contemporánea*, ed. cit., p. 11.

17 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, ed. 1957, p. 8.

18 Con soltura, no exenta de ironía, señala que intentó explicar el episodio del profesor Canella (cf. *La novela y la vida*), inspirándose en Jean Giraudoux, «aunque no fuera

lecta, responde: «Viajar. Soy un hombre orgánicamente nómada, curioso e inquieto»¹⁹. Toda su vida atestigua de la inquietud de un hombre en continua búsqueda.

Hombre libre, abierto a lo nuevo, pero no un espíritu inconstante. Optar por el ensayo no le impide tener metas claras y pensar en forma articulada. Al contrario, lo estimula a hacerlo. En unas líneas de introducción a los artículos que escribirá bajo el rubro de «El factor religioso» que no han sido -no tenían porque serlo- recogidas en *Siete ensayos*, escribe: «continuando este trabajo que me conduce por etapas a una interpretación orgánica del Perú (...)»²⁰. De eso se trata en una visión orgánica, en cada parte está la visión de conjunto. El ensayista es una persona metódica, riguroso en su análisis y didáctico en su exposición, aunque sin ninguna pretensión de erudición²¹.

Esa búsqueda de eficacia lo llevó a tener un agudo sentido de la organización capaz de canalizar sus análisis sociales. De allí las revistas *Amauta*, *Labor* y el proyecto de *Ayllu* para los campesinos²², de un lado; y de la confederación de trabajadores del Perú y el partido socialista, del otro.

MITO Y METODO DE LA REVOLUCION

Además de los dos libros que publicó en vida, el Amauta dejó organizadas otras dos recopilaciones que intentó -sin lograrlo- editar en vida: *El alma matinal* y *Defensa del marxismo*. Textos capitales para la comprensión de su pensamiento.

sino para decepcionar a los que no creen que yo pueda entender sino marxistamente». *El alma matinal*, p. 180.

19 *La novela y la vida*, ed. 1959, p. 141.

20 En *Mundial*, n. 391, 9 de diciembre de 1927.

21 Respondiendo a una observación crítica de Luis Alberto Sánchez sobre sus opiniones en el campo de la literatura peruana, le hace «una amistosa rectificación» diciéndole que no deduzca sus fuentes de sus citas, «no tengo -le dice- ninguna vanidad de erudito ni bibliógrafo» (*Peruanicemos el Perú*, ed. cit., p. 145).

22 Carta de Mariátegui a M. Arroyo Posadas del 5 de junio de 1929 (en *Correspondencia*, tomo II, p. 571).

José Carlos consideraba particularmente polémico el segundo libro mencionado, creía incluso que sería mal visto por quienes se aferraban a una cierta ortodoxia marxista. A su amigo Samuel Glusberg le propone que este libro se publique en Buenos Aires (intentará más tarde que sea impreso en Madrid), pero no está seguro de que sea aceptado. «Temo -escribe- que mis conclusiones desfavorables al marxismo, aunque no abordan la práctica de los partidos socialistas, sean un motivo para que «La Vanguardia» no se interese por este libro». Los ensayos que se encuentran en él han sido muy bien pensados: «los he escrito con atención y me parece que pueden despertar interés. Por lo menos, no son un intento vulgar»²³. «Desfavorables al marxismo». La expresión es fuerte, notemos que no la atribuye a otros, la opinión viene de él, es claramente consciente de ella.

Mariátegui se halla en esas fechas en un momento difícil de su vida. Época de dolorosas decisiones, de rupturas costosas que lo llevarán a pensar en dejar el Perú y continuar su labor en otros horizontes²⁴. Hasta dónde va su actitud crítica a la práctica y a la teoría marxista, es materia de encendidas controversias. Pero sin duda la obra mencionada constituye una pieza central en ese debate. De ella tomaremos un texto sintético y capital que nos servirá de hilo conductor en las páginas que siguen.

Un método de interpretación

«El materialismo histórico -escribe Mariátegui- no es, precisamente, el materialismo metafísico o filosófico, ni es una Filosofía de la Historia, dejada atrás por el progreso científico»²⁵. Las dos nega-

23 Carta del 10 de marzo de 1929 (en *Correspondencia*, tomo II, p. 525). Su correspondencia opinaba de igual manera, Glusberg toma contacto con el texto y escribe a José Carlos: «La *Defensa del marxismo* asustará a muchos. No hay que dejar solo ese libro» (carta del 4/IV/1930 en *Correspondencia*, tomo II, p. 752).

24 En efecto, en los últimos meses de su vida está decidido, y lo prepara afanosamente, su viaje a Buenos Aires. Acerca del significado de esos hechos ver Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*, Lima, Desco, 1980.

25 *Defensa del marxismo*, ed. cit. p. 36.

ciones ponen el marco adecuado para la afirmación que vendrá a continuación. En efecto, lo que Marx llamaba ciencia de la historia es designado más tarde como materialismo histórico porque parte de las «necesidades materiales» del ser humano y no porque coloque la «materia eterna» (expresión que no se halla en Marx) al comienzo de todo. Esto último sería para él permanecer en el campo de la metafísica y negarse a ver lo que un estudio científico de la realidad histórica puede aportar²⁶. Algo semejante ocurre con la filosofía de la historia, ella se pregunta por el sentido final de la historia humana, pero no proporciona elementos para intentar conocerla en sus mecanismos económicos y sociales. De esa perspectiva se aleja Marx al romper con la filosofía hegeliana²⁷.

Mariátegui precisa en qué consiste el aporte de Marx: éste «no tenía, porque crear más que un método de interpretación histórica de la sociedad»²⁸. Un método que Marx aplicó al conocimiento de una realidad determinada, la sociedad capitalista; eso le permite decir, de un modo que parecerá osado a muchos seguidores de Marx, que «mientras el capitalismo no haya tramontado definitivamente, el canon de Marx sigue siendo válido»²⁹. Se trata pues de un análisis (esta vez llamado «canon») ligado a un tiempo y a una situación. La frase citada tiene un supuesto obvio: superado el capitalismo el método de Marx pierde vigencia. No se trata por lo tanto de algo dogmático, de una perspectiva válida para todo tiempo y lugar.

Esto puede parecer evidente a algunos hoy, pero no lo era ciertamente para aquellos que, como Mariátegui lo temía, mirarían mal sus reflexiones sobre el marxismo como un método de interpretación. Es interesante anotar al respecto que en un texto poco conoci-

26 En varias oportunidades rechaza Mariátegui este tipo de materialismo, ver por ejemplo, su fraterna y respetuosa polémica con don Miguel de Unamuno. Cf. *Signos y Obras*, ed. 1959, pp. 120-126.

27 Véanse al respecto las célebres tesis sobre Feuerbach que Marx presenta suscitadamente.

28 *Defensa del marxismo*, ed. cit., p. 36; cf. también p. 63 e *Ideología y política*, ed. cit., pp. 111-112.

29 *Ibid.*, p. 36. En estas perspectivas es importante la influencia de Benedetto Croce (citado en el mismo párrafo) y tal vez (¿o simple coincidencia?) la de Antonio Gramsci.

do, hablando de las posibilidades revolucionarias de Rusia³⁰, Marx sostiene que sus teorías se restringen a Europa occidental. No se puede por consiguiente, escribe, transformar «mi esquema de la génesis del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico-filosófica de la marcha general, fatalmente impuesta a todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en que ellas se encuentren». Unas líneas más abajo reitera que nunca pretendió elaborar algo así como «la llave maestra de una teoría histórico-filosófica cuya suprema virtud consistiría en ser suprahistórica»³¹.

La afirmación de Mariátegui acerca de la validez del aporte de Marx para una época determinada no parece alejada del texto que acabamos de citar. Pero hay más. En un mensaje al segundo congreso obrero de Lima (1927), el Amauta sostiene que el pensamiento de ese autor es «un método fundamentalmente dialéctico. Esto es -explica-, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos». Y precisa: «no es como algunos erróneamente suponen un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades»³².

No se puede negar la similitud de este texto con el que hemos citado de Marx³³. Sea lo que fuere de eso no cabe duda que en este

30 El texto, redactado en francés, para responder a las críticas del sociólogo ruso N. Mikhailovski permaneció inédito en esa lengua hasta 1902 en que fue publicado como apéndice del libro de Nicolás-On (seudónimo de N. Danielson), *Histoire du développement de la Russie depuis l'affranchissement des serfs*, Paris, 1902. (cf. K. Marx, *Oeuvres, Economie*, t. II, ed. de M. Rubel, Paris, La Pleiade, 1968, pp. 1152 y 1862).

31 *Ibid.*, p. 1555. En la misma línea se sitúa la carta a Vera Zazoulich (una revolucionaria rusa) en *ibid.*, pp. 1557-1559.

32 *Ideología y política*, ed. cit., p. 112.

33 ¿Conoció Mariátegui la respuesta de Marx a Mikhailovski? No lo sabemos, pero importa apuntar que en una nota a su artículo «Pour Lenin» (reproducido en *Amauta*, n° 9, mayo 1927, pp. 25-27), Sorel alude a ese texto (no a los párrafos que hemos citado) indicando como fuente el libro de Nicolas-On que hemos citado en la nota 30.

enfoque del marxismo en tanto análisis relativo a una sociedad dentro de precisas coordenadas de tiempo y lugar debía causar escozor en aquellos que Mariátegui llamaba «ortodoxos catequistas» de «un materialismo simplicista y elemental»³⁴.

El mito social

El texto de *Defensa del marxismo* que estamos siguiendo, añade: «vana es toda tentativa de catalogarla como una simple teoría científica, mientras obre en la historia como evangelio y método de un movimiento de masas». Si bien el aspecto científico -exigente y riguroso- del análisis es fundamental, no basta. La transformación de la sociedad requiere un mensaje (evangelio lo llama aquí, como lo hace en otros textos), algo que motive a las personas apelando a todas sus dimensiones, sin dejar de lado las éticas y las estéticas.

Estamos ante la noción de mito social. Es un tema central tanto desde el punto de la teoría como de la práctica social revolucionaria postuladas por Mariátegui. La expresión proviene de Sorel, autor no bien visto en círculos marxistas ortodoxos³⁵, lo que es una prueba más de la autonomía intelectual de Mariátegui que ya hemos recordado. El asunto ha sido muy estudiado, seremos por eso muy breves en su tratamiento.

Las ideas centrales sobre el mito social son presentadas en *El alma matinal*. Debido a su crisis (que se expresa en el escepticismo, en el nihilismo y en la duda) la civilización burguesa no responde a lo que, usando una idea del filósofo Bergson, llama el «yo profundo» del ser humano. El proyecto, el mito, de la revolución social si está en condiciones de satisfacerlo. El mito, afirmación del cambio social y fe en que es posible realizarlo, se convierte así en motor de la historia: «el mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene sentido histórico»³⁶.

34 *Defensa del marxismo*, ed. cit., p. 83. Ver también p. 108.

35 «Confusionista bien conocido» lo llama Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Montevideo, 1966, p. 326.

36 *El alma matinal*, ed. cit., p. 19.

De modo semejante a lo escrito en *Defensa del marxismo*, sostiene: «la fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. En una fuerza religiosa, mística, espiritual»³⁷. No es que la rigurosidad del examen de las fuerzas económicas y sociales no sea necesaria, ocurre que sería de poca utilidad si no se cree en la posibilidad de una transformación social. Ahora bien, esto demanda imaginación, insatisfacción con el presente sin duda, pero sobre todo aptitud para leer «lo que ya está germinando, madurando, en la entraña oscura de la historia»³⁸.

Esa será la tarea de las multitudes: «los profesionales de la Inteligencia no encontrarán el camino de la fe; lo encontrarán las multitudes». Y retomando una idea que ya hemos considerado, agrega: «a los filósofos les tocará, más tarde, codificar el pensamiento que emerja de la gran gesta multitudinaria»³⁹.

El tema del mito social, cargado de connotaciones afectivas y emocionales -y también sin duda de las esperanzas y hasta de las ilusiones de una época-, le permite desplegar también su sentido estético y su espíritu de aventura. Sin el mito social, el método de interpretación histórica de la realidad sería insuficiente. Pero para Mariátegui es igualmente claro que sin el análisis científico, el mito social no pasaría de ser un desborde ilusorio, sin mordiente sobre la historia concreta de los seres humanos.

Aventura, lanzamiento hacia el futuro para forjarlo, sí. Aventurismo, irresponsabilidad histórica frente a un pueblo y las personas que lo componen, no. A esa aventura nos sigue invitando José Carlos Mariátegui, la llamó también vida heroica. Mariátegui no nos invita a venerarlo como un ícono, ni a seguirlo a corta distancia, sino creativamente y con imaginación. Ello es necesario para adentrarse en todos los vericuetos de la realidad peruana que urge conocer a fin de poder hacer de ella algo distinto a lo que es hoy. Sólo un pueblo que crea en esa posibilidad podrá lograrlo. Nuestros caminos concre-

37 *Ibid.*, p. 22.

38 *Ibid.*, p. 38.

39 *Ibid.*, p. 23.

tos no son hoy exactamente los suyos, pero como él será necesario pensar y construir la historia. Una historia que parece a veces discurrir por caminos inéditos, e incluso desbordar los cauces conocidos, pero que sigue siendo -y debe serlo aún más- la nuestra.